

¿Es Aconsejable Elevar el Salario Mínimo?

Por

Jorge A. Sanguinety

Lo primero que hay que tener en cuenta para determinar si la subida del salario mínimo es aconsejable o no es lo que los economistas llamamos la “ley de la demanda”. De entre las pocas leyes que rigen la ciencia económica—y que aceptan los economistas universalmente—ésta es posiblemente la más robusta. Dicha ley plantea que el precio de un bien o mercancía está en relación inversa a la cantidad que se compra. O sea, si el precio de las naranjas sube, la gente compra menos naranjas y viceversa.

El salario es el precio del factor trabajo y está sujeto a la misma ley de la demanda. Cuando el trabajo se encarece, los empleadores compran (contratan) menos y tienden a emplear más maquinaria o capital que reemplaza la mano de obra. En países donde la mano de obra es muy cara, las empresas invierten en tecnologías que reducen el empleo, especialmente en aquellas ramas de actividad económica donde es más fácil reemplazar factor trabajo con factor capital (equipo y maquinarias). En estos países, el nivel de desempleo tiende a ser mucho más elevado que si el nivel general de salarios fuera más bajo.

Si esto es así, ¿por qué algunos gobiernos se empeñan en aumentar el nivel del salario mínimo? La respuesta es simple: por demagogia. El público, en general, no se dá cuenta de que el aumento del salario mínimo reduce las oportunidades de trabajo de los individuos más pobremente educados, los jóvenes de menos experiencia y los de menos destrezas del país. A menos que se trate de una economía donde, por cuestiones tecnológicas, sea muy difícil reemplazar fuerza de trabajo con equipos, el salario mínimo representa una intervención indeseable en los mercados de trabajo por parte del gobierno. Estas intervenciones crean distorsiones en la economía y hacen que los recursos no se utilicen con un máximo de eficiencia. El gobierno puede obligar a los empleadores a pagar un salario mínimo a sus empleados, pero no hay ley que los obligue a contratar más empleados. La felicidad no puede legislarse, pero se sigue intentando.

Algunos, entonces, se preguntarán: Y, si no sube el salario mínimo, ¿cómo van a mejorar las condiciones de trabajo, el salario y el nivel de vida, en general, para el trabajador? La respuesta también es simple: Con su salario, por supuesto. El nivel de vida del trabajador en una economía de mercado (o sea, competitiva) depende de la productividad del trabajador. Aquellos trabajadores, que bien por sus destrezas o por el tipo de tecnología con que trabajan, o por el alto grado de eficiencia gerencial de su empresa, alcanzan a producir más por unidad de tiempo (productividad del trabajo), son los que ganan. Si una empresa no paga el salario que debe a sus trabajadores más productivos, los perderá ante sus competidores. Esto sucede con frecuencia en aquellas empresas que no conocen su competencia. El trabajador, por otro lado, debe estar al tanto de las oportunidades de trabajo en su giro de especialización para maximizar su salario dentro de las condiciones económicas predominantes. Si el trabajador no estuviese satisfecho con su salario en un momento dado, puede

aumentar su productividad o cambiar a oficios de mayor productividad. Esto generalmente requiere un esfuerzo más o menos intenso de reeducación o adiestramiento.

Muchos trabajadores prefieren la magia gubernamental de las ilusiones legislativas, sin entender que los gobiernos no producen milagros económicos. Por el contrario, la mayor parte de las veces, los gobiernos empeoran las condiciones de una economía por ignorancia o por demagogia. Y lo peor es que lo hacen con la alianza de los trabajadores más pobres, precisamente los primeros que van a sufrir las consecuencias de los actos oficiales. En ambos grupos opera el hecho de que la ciencia económica es contraintuitiva, de que lo que parece como obvio no lo es y que las verdaderas soluciones a problemas evidentes no son tan fáciles.

La demagogia laboral empeora donde hay fuertes sindicatos de trabajadores, los cuales representan una fuerza adicional a favor de la ilusión del salario mínimo. Por eso muchos sindicatos se apoderan de empresas públicas para mantener niveles artificialmente altos de empleo además de salarios irreales. Pero la economía les va a pedir cuentas en algun momento. Cuando todas estas distorsiones se acumulan y el país no puede exportar porque sus productos son muy caros, el valor de la moneda nacional cae crónicamente y la inflación se come las “conquistas” salariales de la clase obrera; entonces hay que recurrir a medidas de “ajuste”, posiblemente llamando al Fondo Monetario Internacional para que ayude a restaurar algun equilibrio y de paso cargar con la culpa de los desmanes del gobierno. Sin duda la ignorancia juega un papel crítico en el devenir de la historia.

Mayo de 1996